

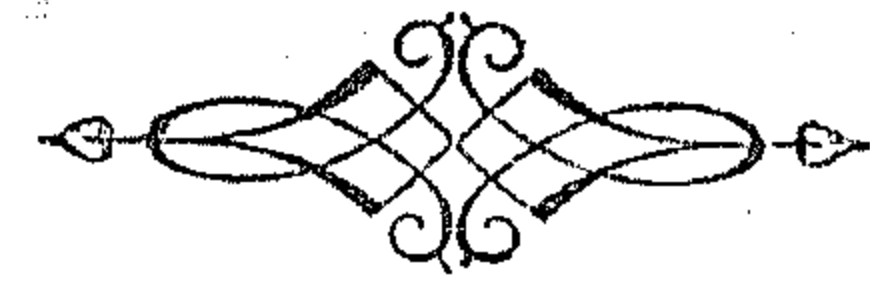
R 24778

UN DOBLE SACRIFICIO.

COMEDIA EN DOS ACTOS Y EN VERSO,

POR

la Señorita Doña E. L.



Núm. 18.

Handwritten notes in a rectangular box: B, 10, 11.6 (25)

GRANADA.

IMPRESA Y LIBRERIA DE D. JOSE MARIA ZAMORA, editor.

1852.

2 400 40

LIBRERIA



R 24778

UN DOBLE SACRIFICIO.

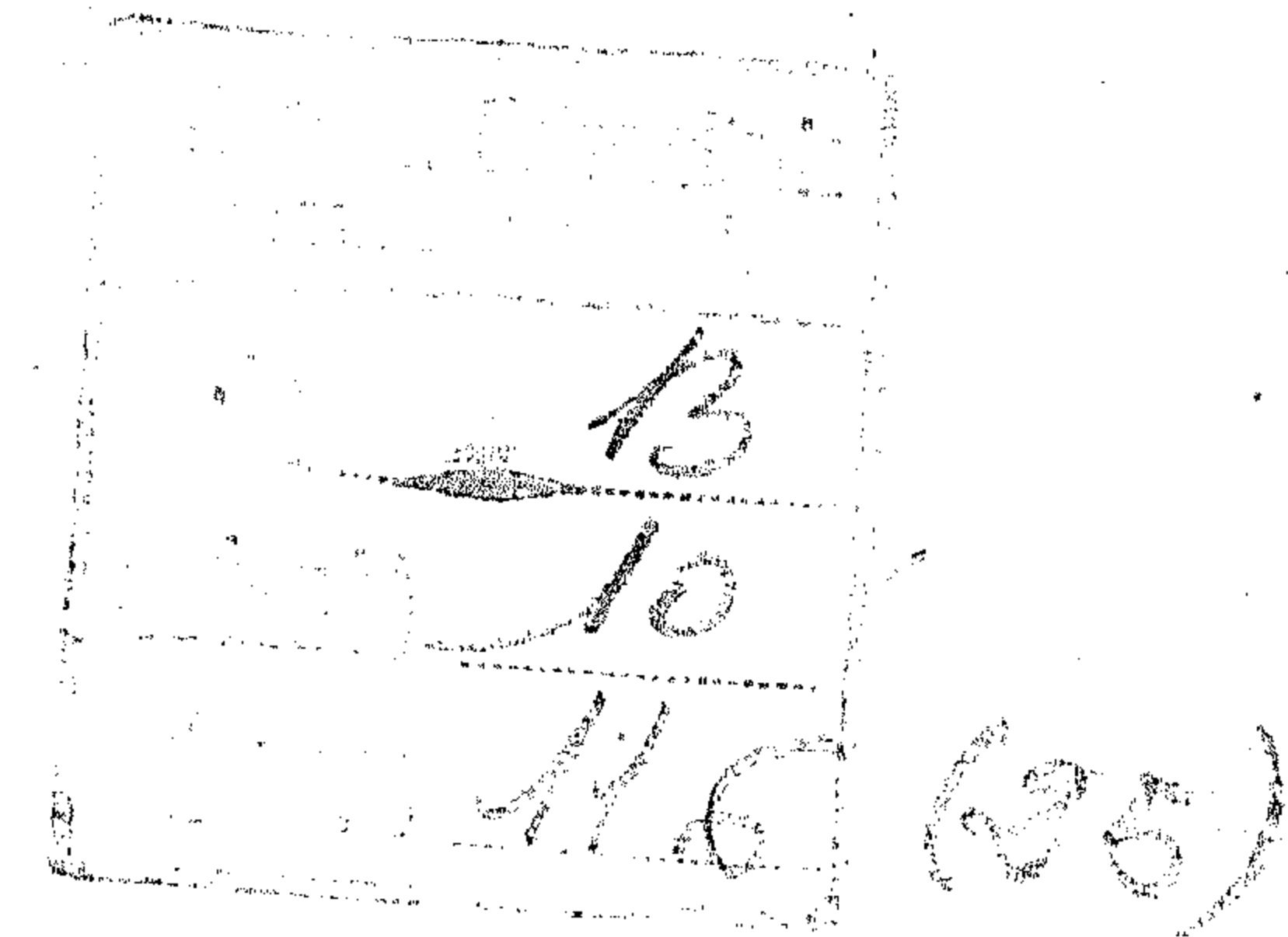
COMEDIA EN DOS ACTOS Y EN VERSO,

POR

la Señorita Doña E. L.



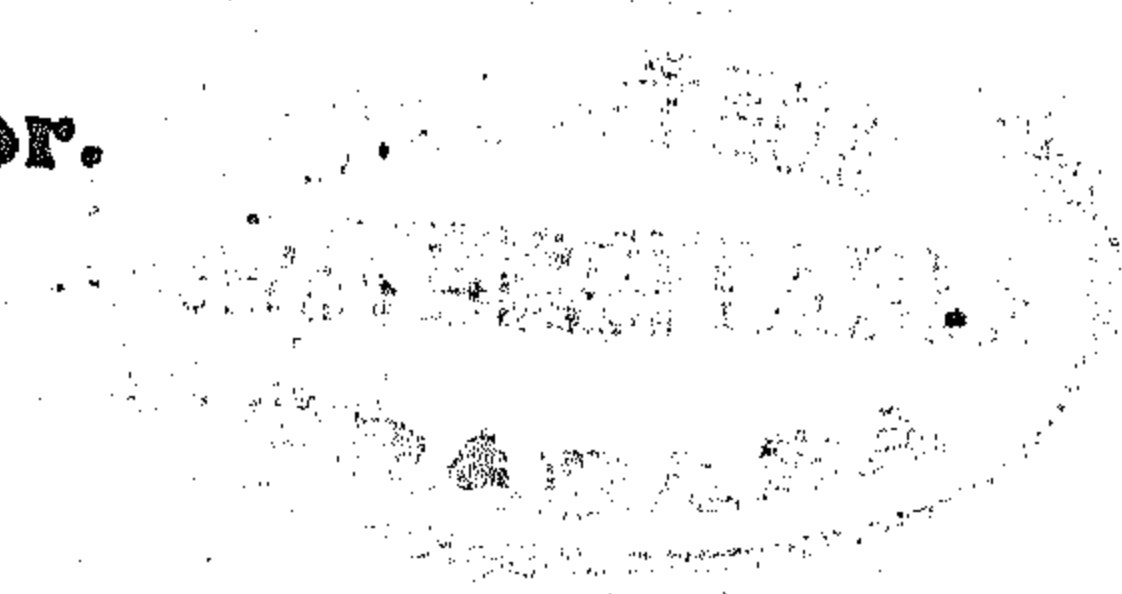
Núm. 18.



GRANADA.

IMPRESA Y LIBRERIA DE D. JOSE MARIA ZAMORA, editor.

1852.



Personas.

MARIA.
LUISA.
DOÑA ANA.
DON PEDRO.
FERNANDO.
RICARDO.
JOSE.

Acto primero.

El teatro representa una sala elegante. Dos puertas al foro : la una conduce al interior, la otra á la calle. A la derecha la habitacion de don Pedro; á la izquierda la de Maria.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA ANA, JOSE.

ANA. Está todo concluido?
JOSE. Si señora, ya dispuesto como usted mandó se encuentra; mas dígame usted, es cierto que hoy vuelve de su viaje mi amo el señor don Pedro?
ANA. Si, ya viene de Madrid donde dos meses lo menos se ha detenido; á Maria hoy se lo escribe de cierto.
JOSE. Y la señorita Luisa viene con él, según creo.
ANA. Es verdad; ya hace dos años que abandonó su colegio, y en la casa de su tía ha estado permaneciendo.

Esta obra pertenece al Repertorio Dramático, propiedad de D. José María Zamora, quien perseguirá, con arreglo á las leyes vigentes, al que sin su permiso la reimprima ó represente en algún teatro del Reino, liceo, ó cualquiera otra sociedad formada por acciones, suscripciones, u otra contribucion pecuniaria, sea cualquiera su denominacion.

Era de la pobre anciana
la alegría y el consuelo,
y no quería dejarla
regresar al lado nuestro;
mas como su padre ahora
por asuntos de comercio
tuvo que hacer un viaje
ha muy poco, conociendo
que era excelente ocasion
de traerla, en el momento
dispuso hacerlo, y así
fué por ella al mismo tiempo.

JOSE. La señorita Maria
tendrá un placer tan inmenso..!
Estar sin ver á su hermana
tantos años..!

ANA. Con efecto,
muy pronto cumplirán seis
que Luisa entró en el colegio,
cuando apenas hacia uno
que su madre habia muerto.
Maria quiso que fuera
educada con esmero,
y á fuerza de repetirlo
cedió su padre á su ruego.

JOSE. Y debe estar muy hermosa,
pues cuando niña, recuerdo
que su rostro era de un ángel
el retrato mas perfecto.

ANA. Si, su padre nos escribe
que es de belleza un modelo.

JOSE. Y ya será una mocita,
no es verdad?

ANA. Oh! por supuesto:
cumple diez y siete años
dentro de muy poco tiempo.

JOSE. Mas la señorita viene,
darla el parabien deseo.

ESCENA II.

Dichos y MARIA.

ANA. Maria, tu habitacion
se encuentra ya preparada.

MARIA. Gracias, mi querida tia:
cuánto por mi bien se afana..!

JOSE. Buenos dias, señorita,
perdone si á incomodarla
me atrevo, mas sé que hoy viene
su padre de usted y su hermana,
y me quise adelantar
por eso á felicitarla.

MARIA. Mil gracias, amigo mio,
te lo agradezco en el alma.

JOSE. Cuán buena es usted, señora!
esa respuesta es tan grata..!
y... ya se vé! ha tanto tiempo
que estoy sirviendo en la casa,
que... preciso..! yo lo creo..!
quiero á ustedes con el alma.
Por eso... no estrañe usted
que mi ansiedad fuera tanta.

MARIA. Nada estraño, amigo mio;
mas es forzoso que vayas
y al cajero de mi padre
des al momento esta carta.

JOSE. Voy al punto, señorita:
tal vez estará en su casa. (*Vase.*)

ESCENA III.

MARIA, DOÑA ANA.

MARIA. Ya pronto deben llegar.
ANA. Dime: qué tienes, Maria?

- por qué el sello del pesar
torna tu frente sombría?
Cuando te concede el cielo
el infinito placer
que á la hermana de tu anhelo
vuelvas cariñosa á ver:
cuando tu padre querido
á tus brazos vuelve ya,
por qué tu pecho afligido
tanto bien recibirá?
- MARIA. Ay! si tú, querida tia,
leer en mi alma pudieras,
mi amargura y mi agonía
acaso compadecieras.
Es cierto que hoy á mi lado
me ha concedido el señor
vuelva mi padre adorado,
mas hoy mi pena es mayor.
Y no me taches de ingrata
al mirarme padecer,
que el secreto que me mata
lugar no deja al placer.
Yo que tanto ansié la hora
de ver á mi hermana aqui,
tiemblo de que llegue ahora...
temo verla junto á mí;
que ante esa niña adorada
tan pura, tan inocente,
con una falta manchada
habré de inclinar mi frente.
- ANA. No te hagas así infeliz;
si una falta cometiste,
por tu funesto deslíz,
harto, hija mia, sufriste.
Por otra parte ocultarlo
al mundo se consiguió.
- MARIA. El mundo podrá ignorarlo,
pero no lo olvido yo.
Y qué voz hay mas severa
que la voz de la conciencia?
Voz terrible, duradera
cuanto dura la existencia!
- ANA. Dejemos eso, Maria:
olvidalo por favor,
no te entregues, hija mia,

- de esa manera al dolor.
- MARIA. Es verdad, tienes razon...
sufro tanto hablando así...!
ay! por mi ciega pasión
cuantas lágrimas vertí!
Mas... y Elena? todavía
no la he visto: dónde está...?
acaso el último día
que esté conmigo será!
- ANA. Qué dices? estas en tí!
pretendes abandonarla?
- MARIA. Abandonarla...! ay de mí!
nunca; mas quiero alejarla.
Ya se encuentra preparado,
según mi padre mandó,
el pabellón retirado
del jardín; porque escribió
que aquí le acompañaría
hoy un joven y quizás,
con nosotros viviría
para no marchar jamás.
- ANA. Un joven venir aquí
para siempre...! no comprendo;
pero, estás segura?
- MARIA. Si,
y á la verdad no lo entiendo.
Luisa también de ese hombre
me habla en su carta después;
mas sin decirme su nombre
ni á qué su venida es.
- ANA. Y es esa causa sobrada
para apartarse, Maria,
de esa niña, ya adoptada
por tu padre?
- MARIA. El alma mia
no aprueba este proceder:
mas sin embargo es forzoso...
Si se llegara á saber
perdiera honor y reposo.
- ANA. Que es hija de una criada
le dijistes á tu padre,
y que al morir confiada
te fué por su triste madre.
así cubierto no está?
- MARIA. Lo que mi padre ha creído

pusiera en duda quizá
ese hombre desconocido;
y si descubriera un día
que su hija era culpable
jamás me perdonaría
fuera conmigo implacable.

ESCENA IV.

Dichas, JOSE, despues RICARDO.

JOSE. Señorita, don Ricardo
pide permiso.

MARIA. Qué esperas?
dile que pase al instante.
(Vase José.)

ANA. Qué pronto estuvo de vuelta!
(Sale Ricardo.)

RICAR. A los piés de usted, Maria,
me alegro de hallarla buena.

MARIA. Gracias, Ricardo.

RICAR. Y usted,
doña Ana, cómo se encuentra?
siempre bien?

ANA. Si, amigo mio;
y doblemente contenta.

RICAR. Pues qué ocurre?

MARIA. Que mi padre
hoy mismo estará de vuelta
con mi hermana.

RICAR. Cómo! hoy mismo?
Doy á usted la enhorabuena.

MARIA. Ricardo...

ANA. Y no es para menos;
despues de tan larga ausencia
gracias al cielo que ya
este sentimiento cesa.
Cuando niñas siempre estaban
tan unidas, tan contentas,
que imposible parecia
que separarse pudieran.

Mas despues... mi pobre hermana
murió y...

MARIA. Quise complacerla.
Mi infeliz madre al morir
me llamó á su cabecera:
«Veinte años tienes, me dijo,
Luisa cuenta diez apenas:
voy á morir, hija mia,
y al abandonar la tierra,
lo siento por ella mas
porque su edad es mas tierna:
y cual te he educado á tí
no puedo educarla á ella.
En tí confio su suerte;
sé tú su apoyo en la tierra;
hazla feliz, hija mia,
como su madre la hiciera,
y yo desde el alto cielo
benediciré tu existencia.»

RICAR. Pobre señora! aun me acuerdo
cuando murió: era tan buena!

ANA. Oh! si! pobre hermana mia!

MARIA. Yo prometí obedecerla
y hacer feliz á mi Luisa,
si preciso un dia fuera
á costa de mi ventura,
y cumpliré mi promesa.
Despues supliqué á mi padre
que en la pension la pusiera,
pues aqui su educacion
no podia ser perfecta;
por eso tan solamente
quise separarme de ella.
Y hoy que ya vuelve á mi lado,
que concluye nuestra ausencia,
buscaré todos los medios
de verla siempre contenta.
La suerte nos protegió
dando á mi padre riqueza,
y así en todos sus deseos
siempre haré por complacerla.

RICAR. Y bien puede usted hacerlo
que su fortuna es inmensa,
y un considerable aumento
halla don Pedro á su vuelta.

MARIA. Ah! me alegro por mi padre.
 RICAR. Por un acaso...
 ANA. De veras?
 RICAR. Si señora; de seguro,
 encontrársela no espera.
 MARIA. Por eso tal vez me escribe
 que llamar á usted hiciera,
 para que esperase en casa
 su llegada.
 RICAR. Tal vez fuera
 por hallarnos reunidos
 á todos aqui á su vuelta.
 (Ruido de coche.)
 MARIA. Pero si no me equivoco
 paró un coche á nuestra puerta.
 Ah! no me engaño; ellos son...
 corramos... mi padre!
 ANA. Espera.

ESCENA V.

Dichos, Jose, poco despues DON PEDRO y LUISA.

JOSE. Albricias, aqui está el amo!
 MARIA. Es mi hermana.
 RICAR. Ya se acercan.
 MARIA. Padre del alma!
 ANA. Mi Luisa.
 PEDRO. Si, si: ya estamos de vuelta.
 MARIA. Querida hermana!
 LUISA. Maria!
 al fin te vuelvo á abrazar!
 PEDRO. Deja te llegue, hija mia,
 en mis brazos á estrechar.
 MARIA. Padre mio!
 PEDRO. Mas... qué tienes?
 no estás ya contenta? di;
 no llores.
 ANA. (A Luisa.) Qué hermosa vienes!
 no es verdad, Pedro?
 PEDRO. Si, si:

oh Ricardo! amigo mio!
 un abrazo...! aqui tambien?
 RICAR. Don Pedro.
 JOSE. Lloro y me rio
 como un chico.
 PEDRO. José, ven:
 dame tu mano.
 JOSE. Señor,
 tanto favor no merezco.
 PEDRO. A todo fiel servidor
 siempre mi mano le ofrezco.
 Ahora vé si el equipaje...
 JOSE. Al acto será servido.
 (Vase José.)
 ANA. Qué tal fué vuestro viaje?
 PEDRO. Feliz por demas ha sido.
 MARIA. Y cómo queda mi tia?
 PEDRO. Anciana y enferma está:
 temo que su último dia
 muy en breve llegará.
 Me hizo instancias repetidas
 que le dejase á tu hermana:
 mas de miraros reunidas
 tenia ya tanta gana,
 que á pesar de su afliccion
 no ha podido conseguirlo;
 ademas que otra razon
 existe para impedirlo.
 Otra razon! y cuál es?
 MARIA. Tu hermana podrá explicarla.
 PEDRO. Papá... yo...
 LUISA. Dime.
 MARIA. Despues.
 LUISA. Por qué tanto retardarla?
 MARIA. Porque tengo tantas cosas,
 cuando solas nos hallemos
 que decirte... qué dichosas
 desde hoy, hermana, seremos!
 Y... tu tambien me dirás
 tus secretos, no es asi?
 LUISA. Mis secretos..?
 MARIA. Yo... verás...
 LUISA. no los tengo para ti.
 Te contaré en dos momentos
 mis proyectos, mi alegria,

te diré mis pensamientos
uno por uno, Maria.

MARIA. (Quién como tú no tuviera
ni uno solo que ocultar!)

PEDRO. Pero, Maria, quisiera
mi hija adoptiva abrazar.
Estraño que todavía
no se la hayas presentado
à tu hermana que queria...

MARIA. Es verdad: me había olvidado.

PEDRO. Es una niña preciosa
como ya te dije.

LUISA. Si,
las dos la haremos dichosa,
no es verdad, Maria, di?
Y así nos bendecirá
allá en el cielo su madre,
y al señor le pedirá
nos conserve à nuestro padre.
Ser huérfanas es tan triste!
El lugar ocuparemos
de esa madre que no existe,
y cual madres la amaremos,
no es verdad? idla à buscar.

MARIA. (Oh, Dios mio!)

ANA. (Aparte à Maria.) Ten valor.
(Vase Ana.)

PEDRO. Ahora tenemos que hablar
los dos, Ricardo.

RICAR. Señor,
cuando usted guste.

PEDRO. Bajemos
à mi despacho, y así
à estas chicas dejaremos
con mas libertad aquí.
(Vanse don Pedro y Ricardo.)

ESCENA VI.

MARIA, LUISA.

LUISA. Solas estamos ya, querida mia,
cuán triste mi existencia se ha pasado
lejos de tí, Maria!
y cuánto ansiaba el venturoso día
de volver à tu lado!
Anhelaba decirte mis amores,
mis proyectos de dicha venidera,
y el porvenir de encantos y de flores
que la suerte me brinda lisonjera:
Tú, parte tomarás en mi ventura
y si infelice fuera,
calmarás mi pesar con tu ternura.

MARIA. Si, si, tienes razon, Luisa querida:
nuestra madre en el lecho de la muerte
me confió tu suerte,
y por verte dichosa
daré mi dicha yo, daré mi vida.
Cuéntame tus temores, tu alegría,
las ilusiones que forjó tu mente:
cuéntame lo que siente
tu tierno corazon, hermana mia:
nada ocultarme debes: nada, nada.

LUISA. Espero ser feliz; oye, Maria:
al dejar la pension viví dichosa
de nuestra tia al lado;
mi existencia tranquila y candorosa
deslizábase allí; mas vi trocado
mi placer en desvelo;
cambiose mi destino
porque un hombre, Maria, hallé à mi paso;
me habló de sus amores
y me hizo comprender el dulce anhelo,
el lenguaje divino
que à las almas dió el cielo.
Y yo tambien le amé de aquel instante
como à la luz purísima del día,

y en mi delirio amante,
amor tierno y constante
mi corazón de niña le ofrecía.

MARIA. (Ay! también quise yo de esa manera)
Y el hombre á quien amabas
se olvidó de tu amor?

LUISA. Ah! calla, hermana!
si él me hubiera olvidado no existiera.
El me inspiró un cariño eterno, ardiente,
puro como los ángeles del cielo,
como ellos inocente,
y es tan preciso para el alma mía,
que en mí constante anhelo,
si perdiera su amor me moriría.
Mas no me olvidará, que en breve unidos
ante el altar de Dios nos hallaremos;
felices viviremos:
Nuestros sueños queridos
asi por siempre realizados vemos.

MARIA. Ay! que el cielo corone tu ventura
pues que nacistes para ser dichosa,
y de tu frente pura,
aleje la desgracia y la amargura
la mano del Eterno poderosa.

LUISA. Y tú no eres feliz, querida hermana?
no te ofreció el amor..?

MARIA. Solo dolores,
porque la triste flor de mis amores
fué deshojada en su primer mañana.

LUISA. Mucho padecerías: y tu pena
porque de mí ocultastes..? no podías..?

MARIA. Eras muy niña aun y tu existencia,
se resbalaba llena
del cándido placer de la inocencia.

LUISA. Dime, y le amabas mucho?

MARIA. Tanto, tanto
como la mente á comprender no alcanza.
El era mi esperanza,
mi ventura, mi encanto.
Y él..?

LUISA. Ay! Me ha condenado á eterno llanto.

MARIA. Con que olvidó tu amor?

LUISA. Si, Luisa mia,
que mi cariño ya le daba enojos,
y vió con calma fría

mi angustia, mi agonía,
las lágrimas de fuego de mis ojos.

LUISA. Y si le amabas mucho... cómo vives?

MARIA. Tu puro corazón aun no adivina
cual fué mi sufrimiento:
tú, Luisa, no concibes
cual era mi amargura y mi tormento.
Mas hablemos de tí, de tu ventura...
de ese hombre afortunado
que merece tu angélica ternura.

LUISA. Hoy mismo le verás á nuestro lado.

ESCENA VII.

Dichas, PEDRO y RICARDO.

PEDRO. Todavía estás aquí?
Tu tía abajo os espera;
en el jardín ha encontrado
á nuestra preciosa Elena,
y que bajaseis al punto
me ha encargado que os dijera.

LUISA. Y usted no nos acompaña?

PEDRO. Voy á arreglar unas cuentas
con Ricardo, y luego iré.

MARIA. Pues no tarde usted.

PEDRO. Espera:
haz que añadan dos cubiertos;
porque hoy Ricardo á la mesa
nos va á acompañar también.

RICAR. Dispéñeme usted... quisiera...

PEDRO. Nada, nada, amigo mío,
no admito excusa.

MARIA. Y se espera
para el otro..?

PEDRO. Es un amigo:
con que nada de etiqueta.
(*Vanse Luisa y Maria.*)

ESCENA VIII.

DON PEDRO y RICARDO.

PEDRO. Si, Ricardo, amigo mio,
me retiro del comercio.
Ya mi suerte asegurada
y la de mis hijas tengo,
y quiero pasar tranquilos
de mi vida los momentos.
Ademas que mi salud
se quebranta: ya soy viejo
y descansar necesito
de un afanar tan inmenso.

RICAR. Apruebo esa decision:
hace usted muy bien, don Pedro:
á ser feliz con sus hijas
que se dedique ya es tiempo.

PEDRO. Ahora todas las cuentas
quiero arreglar al momento,
porque dentro de ocho dias
casar á mi Luisa espero.

RICAR. Cómo! á Luisita? tan jóven..?

PEDRO. Si, amigo, es negocio hecho.
Hoy mismo espero á comer
aquí á mi futuro yerno,
y quiero que exactamente
sepa cuanto yo poseo.

RICAR. Pero irse así tan de prisa
en un asunto tan serio..!

PEDRO. Hace tiempo que se quieren;
cuando salió del colegio
mi Luisa y fué con mi hermana,
entonces se conocieron.
El es un jóven muy rico,
un escelente sugeto
adornado de mil prendas,
y de juicio y de talento.
Mi hermana al ver se querian
les dió su consentimiento

para hablarse, y la palabra
de conseguir á su tiempo
el beneplácito mio
para hacer el casamiento:
ahora cuando fui por Luisa
era tan vivo su empeño,
que al fin tuve que ceder
viendo no habia otro medio:
Los muchachos se adoraban;
él es un jóven que aprecio,
y vamos... qué habia de hacer
si no consentir en ello?

RICAR. Y dice usted que vendrá
hoy mismo aquí?

PEDRO. Con efecto;
con nosotros ha venido
desde Madrid y le espero:
á la puerta le dejamos,
iba á un asunto.

RICAR. Pero eso
lo sabe acaso Maria?

PEDRO. Ya su hermana segun creo
la habrá informado de todo.
Mas hablemos del comercio
que es cosa muy importante.

RICAR. Como usted quiera, don Pedro.
ya sabe usted el estado
en que sus negocios tengo.

PEDRO. Y doy gracias á la suerte
que me ha protegido en ellos.
Seis años ha que tomé,
sobre poco mas ó menos,
de mi principal la casa
con su nombre y con su crédito;
pues ya ves, amigo mio,
que en este tan corto tiempo,
he formado un capital
considerable, y ya puedo
retirarme para siempre.

ESCENA IX.

Dichos, JOSE, poco despues FERNANDO.

JOSE. Ahi espera un caballero
el permiso de usted para...

PEDRO. Dile que pase al momento.
(Vase José.)

RICAR. Será tal vez?

PEDRO. Si; es el mismo;
que te ha de agradar espero.
(A Fernando que se presenta en la puerta.)
Adelante, amigo mio,
sin detenerse un momento.

FER. Señor, tanto atrevimiento
me perdone usted confio...
venir tan pronto...

PEDRO. Yo siento
escucharle hablar asi,
pues ya sabe usted, amigo,
que mi casa le ofreci,
y que desde hoy conmigo
debe usted vivir aqui.
Nuevamente se la ofrezco.

FER. Me hace usted sobrado honor,
y aunque mucho lo agradezco
confieso que no merezco
tantas bondades, señor.

PEDRO. Ahora presentarle quiero
á un hombre justo y honrado:
á mi amigo y mi cajero.

FER. Yo me juzgo afortunado
si desde hoy, como lo espero,
mi amistad quiere aceptar.

RICAR. Es gran honor para mi,
y en ello no hay que dudar.

PEDRO. Ahora tenemos que hablar.
Fernando, yo le ofreci
á mi Luisa por esposa;
honrado es usté y leal

y sé que la hará dichosa;
pero hablemos de otra cosa,
de su dote, su caudal...

FER. Dejemos eso, señor;
yo la adoro con ternura
porque es hermosa y es pura:
no su riqueza, su amor
es lo que hará mi ventura.

PEDRO. Mas sin embargo, este dia
es forzoso hablar asi:
yo nunca consentiria
en...

ESCENA X.

Dichos, MARIA.

MARIA. Padre.
(Reparando en Fernando.)
Cielos!

FER. *(Viendo á Maria.)*
Maria!

MARIA. *(Dios de bondad! él aqui!)*

FER. *(Es ella, no me engañé.)*

PEDRO. *(A Maria.)*
Acércate, ven acá:
y tu hermana dónde está,
hija mia?

MARIA. *(Mirando fijamente á Fernando.)*
No lo sé.

FER. Conocer debí por Dios
aun antes de haber venido,
que llevando un apellido
hermanas eran las dos.

PEDRO. Pero, Maria, qué tienes?
estás indispuesta?

MARIA. No:
no es nada.

PEDRO. Me pareció:
toda demudada vienes.

MARIA. *(Dios mio!)*

FER. Suerte fatal!
su mirar me desconcierta:
y yo la juzgaba muerta!
Injusto, infiel, criminal
he sido.

PEDRO. *(Tomándola la mano.)*
Tu mano helada
está y ardiendo tu frente.

MARIA. *(Retirando su mano con precipitación.)*
(Hoy padezco horriblemente.)
No: yo os juro que no es nada.

PEDRO. Dime al menos para que
con tal precipitación...

MARIA. Porque esperan ocasión
sus dependientes de usted
para saludarle:

PEDRO. Si,
voy al punto á complacerlos,
yo también deseo verlos:
Ricardo, ven: y tú aquí,
Maria, puedes quedar
de este caballero al lado,
pues un hermano adorador
pronto en Fernando has de hallar.

MARIA. Qué dice usted?

FER. *(Dios piadoso!)*

PEDRO. No te ha hablado ya tu hermana
de su amor esta mañana
y de su futuro esposo?

MARIA. *(Dios mío! suerte cruel!)*
Y acaso es...?

FER. *(Pobre Maria!)*

PEDRO. Este joven, hija mía:
adios, te dejo con él.
(Vanse don Pedro y Ricardo.)

ESCENA XI.

MARIA, FERNANDO.

MARIA. Qué es esto, Dios divino? estoy soñando?
es ilusión ó realidad horrible?

ay! habla por piedad! habla, Fernando!
dime que lo que oido es imposible!

FER. No, Maria, verdad terrible, dura:
nos coloca otra vez frente el destino;
la suerte por labrar tu desventura
me arroja nuevamente en tu camino.
Infelice mujer! me amaste un día
con una llama abrasadora y tierna,
y yo solo te di, pobre Maria,
en pago á tanto amor desgracia eterna!

MARIA. Es verdad, es verdad! oh! si supieras
cuánto por tí, Fernando, he padecido!
si un solo instante comprender pudieras
cual desde entonces mi existencia ha sido!
la vergüenza, el dolor! oh! tú no sabes
cuanta ha sido mi angustia y mi tormento!
y despues, oh! despues..!

FER. Calla, no acabes,
que me estremece el escuchar tu acento!

MARIA. Pero todo pasó, te veo á mi lado
y ni el ayer maldigo ni el mañana.

FER. Cómo! acaso, Maria, has olvidado
que debo ser esposo de tu hermana?

MARIA. De mi hermana...? gran Dios! no, no es posible
que te quieras gozar en mi amargura!
abandonarme así? ay! es horrible!
ni en semejante enlace hallar ventura
pudieras.

FER. Mi palabra está empeñada:
Luisa me ama también con desvario,
la hiciera eternamente desgraciada,
yo lo fuera también...

MARIA. Si, si, Dios mío!
no escuché yo aquí mismo de su boca
«si perdiera su amor me moriría!»
asesinarla yo? me vuelvo loca!

FER. Qué pretexto tampoco les daría?
prefieres que publique aquí los lazos
que nos ligaban al morir tu madre,
y que mi honor y el tuyo hecho pedazos
arroje yo á las plantas de tu padre?

MARIA. No, calla por piedad! yo te lo imploro:
no reveles jamás nuestros amores;
me resigno á vivir sumida en lloro
y la copa apurar de los dolores;

mas... que ignore mi falta eternamente;
 que no sepa jamás el padre mio
 que grabó el deshonor sobre mi frente
 de mi amor el funesto desvario.

FER. Pues bien, yo callaré: que no te aflija
 el temor de perder tu honor, Maria:
 oculto quedará.

MARIA. Si: y nuestra hija
 llegará á maldecirme acaso un dia;
 pero os hago felices; desde el cielo
 mirame obedecer, madre del alma,
 mas ruega á Dios que en mi cruel desvelo
 me vuelva al menos la perdida calma!

FER. Mucho sufres, mujer..! ay! yo adivino
 cuanto pasa en tu alma desgarrada;
 mas ya lo ves, Maria, es el destino
 y no soy yo quien te hace desgraciada.
 Tu vida estará llena de amargura
 que acaso entre los dos hemos labrado:
 lejos de ti buscaba la ventura
 y á aumentar tu dolor vengo á tu lado.

MARIA. Ay! calla! gente se acerca.

ESCENA XII.

Dichos, PEDRO, LUISA, RICARDO y ANA.

PEDRO. Aun reunidos os encuentro
 y amigos segun parece?
 mucho me complazco de ello;
 pero, qué tienes, Maria?
 tu rostro está descompuesto,
 estás mala?

MARIA. Permitid
 me retire, pues no puedo...

PEDRO. Mas que causa?

MARIA. Padre mio,
 algo indispuesta me siento.

FER. *(Aparte á Maria.)*
 Valor, Maria!

ANA. Pero, hija,

la mesa dispuesta dejo,
 no nos vas á acompañar?

PEDRO. Cómo que no! por supuesto!
 despues de habernos hallado
 separados tanto tiempo,
 á mi lado no ha de estar?
 no, no señor, nada de eso.

LUISA. *(Aparte á Fernando.)*
 Qué tienes, Fernando mio?
 me parece que te encuentro
 muy pensativo.

FER. No, hermosa,
 á tu lado estoy contento.

PEDRO. Con que, hija mia, no vamos
 al comedor?

RICAR. *(No comprendo
 que es lo que tiene Maria.)*

PEDRO. Luisa, el brazo: por supuesto
 usted Fernando á su hermana:

LUISA. *(Dando el brazo á su padre.)*
 Vamos, papá.

FER. *(Aparte á Maria.)*
 Ten valor.

MARIA. *(Dios mio, cuanto padezco!)*

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ESCENA II.

DON PEDRO.

Si: nada quiero omitir
para que espléndido sea
el casamiento de Luisa:
brillante será la fiesta.
Pero aun no he visto á Maria;
no sé que pesar la inquieta:
por qué tan triste y llorosa
estará desde mi vuelta?
oh! yo sabré sus pesares
y haré todo cuanto pueda
por volverla su alegría
y porque dichosa sea.

Acto segundo.

El teatro representa la misma sala del acto anterior; pero adornada con mas esmero.

ESCENA PRIMERA.

DON PEDRO, JOSE.

PEDRO. Y dejastes repartidas
ya todas las papeletas?
JOSE. Si señor, á medio dia
cuando usted dijo que fuera.
PEDRO. Pues mira si los salones
ya iluminados se encuentran.
JOSE. Voy al momento, señor.
PEDRO. Y avisame si alguien llega.
(*Vase José.*)

ESCENA III.

DON PEDRO, DOÑA ANA, LUISA y MARIA. *Estas dos últimas con trajes de baile.*

ANA. Vamos, venid, hijas mias:
miralas que bellas, Pedro!
si, vais á ser esta noche
de mil envidias objeto.
LUISA. No exageres tanto, tia.
ANA. Tu padre dirá si es cierto,
PEDRO. Oh! para mí siempre estais
tan hermosas como el cielo!
Pero es verdad que esta noche
con tocado tan perfecto,
vuestra belleza, hijas mias,
mas realzada contemplo.
LUISA. Pero mirad, padre mio,
ved cuan triste es el aspecto
de mi hermana.

MARIA. Quién? yo no...
 te equivocas...
 PEDRO. Con efecto,
 ha tiempo que yo también
 que estás pensativa observo.
 LUISA. Parece que mi ventura
 te ocasiona sentimiento.
 MARIA. (Dios mío!.)
 ANA. (Aparte á Maria.)
 Valor, Maria,
 de ello pende tu secreto.
 LUISA. No me respondes, hermana?
 MARIA. Luisa... pudieras creerlo?
 LUISA. No, no, Maria, perdona;
 pero tan triste te veo,
 que no sé que hacer, Dios mío,
 y pruebo todos los medios
 por sacarle de ese estado
 de continuo abatimiento.
 PEDRO. Maria, eres desgraciada?
 cuéntame tus sufrimientos,
 no sabes, hija del alma,
 que te adoro con exceso,
 y que de hacer tu ventura
 no perdonaré los medios?
 MARIA. Padre... padre..!
 PEDRO. Hoy, hija mía,
 que me ha concedido el cielo
 el ver feliz á tu hermana,
 me darás el sentimiento
 de que padecer te vea?
 MARIA. Padre mío, yo os prometo
 que cesará en adelante
 la tristeza, que el recuerdo
 de mi madre me ocasiona
 y causa mi sentimiento.
 (Oculta, corazón mío,
 para siempre tu secreto.)

ESCENA IV.

Dichos y Jose.

JOSE. Don Ricardo me ha encargado
 que llamase á usted, don Pedro.
 PEDRO. Dí que pase á mi despacho
 que bajo á verle al momento:
 (Vase José.)
 voy á saber que me quiere;
 hijas mías, hasta luego.
 (Vase don Pedro.)
 ANA. Yo también voy á vestirme
 y á ver si todo dispuesto...
 (Vase doña Ana.)

ESCENA V.

MARIA, LUISA.

LUISA. Cuánto, Maria, padecer te miro!
 yo que la causa sé de tus enojos
 al oír tu suspiro
 siento que brotan lágrimas mis ojos.
 MARIA. Qué dices? yo deliro...
 que sabes tú la causa, hermana mía?
 LUISA. Qué puede haber en ello que te asombre?
 No recuerdas, Maria,
 que se olvidó de tu cariño un hombre...?
 Tú me lo revelaste cierto día.
 MARIA. Ojalá solamente
 mi llanto ocasionaran mis amores!
 (Juzgué que adivinaba
 la causa de mi afán y mis dolores.)
 LUISA. Maria, si es que temes
 que acaso por mi unión nos separemos,
 cese tu pena impia:

- unidas como siempre viviremos,
y con dulce alegría
tu dicha, hermana mia, labraremos.
- MARIA. Ah! calla por piedad, que con tu acento
el alma me estremeces!
no hagas, Luisa, por Dios, que del tormento
la copa apure hasta tocar las heces.
- LUISA. Pues qué, tal vez aumento
tu intenso padecer con mi ternura?
yo que diera mi vida
por hacer tu ventura..!
acaso, hermana mia, me aborreces?
tu corazon olvida..?
- MARIA. Que no te amo? Dios mio!
si de mi triste pecho ver pudieras
el torcedor impio;
si un solo instante, hermana, comprendieras
el hondo afan que me desgarrá el alma,
si la lucha terrible de mi pecho,
ay! como yo sintieras,
y vieras entre llanto y agonía
pasar tus noches sin hallar la calma
teniendo el corazon pedazos hecho;
entonces solamente
de mi amor no dudarás, Luisa mia!
- LUISA. Pero habla por piedad: dime tu pena.
Qué dolor nublar pudo
esa frente otro tiempo tan serena?
por qué si me amas tanto
no me dices la causa de tu llanto?
- MARIA. No, nunca, Luisa, nunca:
ignora tú el motivo de mi anhelo,
asi serás dichosa.
- LUISA. Qué! no puedo ofrecerte algun consuelo?
- MARIA. Solo calmar mi duelo
puede de Dios la mano poderosa:
necesito estar sola, hermana mia,
esto tal vez mitigará mi pena.
- LUISA. Te obedezco, Maria,
voy á buscar á mi querida Elena.
- MARIA. Luisa, escucha un momento: venturosa
te sonrie la suerte;
eres jóven, feliz, y tu existencia
dilatada será; mas si mi muerte...
- LUISA. Ah! calla por piedad! qué desvario!

- MARIA. Luisa, escúchame bien: en tí confío
el porvenir de Elena,
proteje tú su vida, su inocencia,
de la huérfana en tí la suerte fio.
- LUISA. Yo velaré por ella con ternura
cual si fuera hija mia.
- MARIA. Y Dios en torno de tu frente pura
en cambio verterá dulce alegría
y sin igual ventura;
ay! déjame ya sola.
- LUISA. Adios, Maria.
(Vase Luisa.)

ESCENA VI.

MARIA.

Si, tú velarás por ella,
serás su madre en el suelo;
pues tal vez mi triste anhelo
ay en breve va á cesar.
Siento que mi vida acaba
el pesar que me devora.
sufre, pobre mujer, llora,
porque tu suerte es llorar!
Madre mia, desde el cielo
bendice tú mi obediencia,
pues ya ves que mi existencia
de eterna angustia llené.
Cuando en el lecho de muerte
ese deber me impusiste,
quizá, madre, no creiste
me costara tanto á fe.
Y qué pude hacer, Dios mio?
Fernando ya no me amaba
y mi Luisa le adoraba
con todo su corazon;
y su desgracia y la mia
únicamente causara,
si impedir su union tratara
descubriendo mi pasión.
(Viendo á Fernando que se aproxima.)

Mas Fernando viene, ah!
huyamos pronto de aqui.

ESCENA VII.

FERNANDO.

Era Maria y se va...
infeliz! huye de mí!
cuánto debe padecer!
ay! comprendo su amargura!
yo labré la desventura
de esta infelice mujer.
Pero quién saber podía
que la que en Madrid amé,
era hermana de Maria
la mujer que abandoné?
hermana de Luisa, si...
que nunca adivine ella...

ESCENA VIII.

FERNANDO, LUISA.

LUISA. Tú aqui, Fernando?
FER. Cuán bella,
LUISA. Luisa mia, estás asi!
Oh, Fernando! si supieras
cuanto gozo al escucharte,
mi cariño conocieras
y entonces te convencieras
de que vivo para amarte.
Mas no sé que advierto en tí
hace tiempo, dueño mio;
te miro triste y sombrío,
de mi amor el frenesi
acoges tú con desvio?
por qué como yo te quiero

tu amor hácia mi no es?
mas el mio es el primero,
y tan grande y tan sincero
nunca se siente despues.
FER. Perdóname, ángel amado,
tambien te quiero yo asi;
mas mi pecho está angustiado
y cuanto miro á mi lado
es triste, muy triste, si.
Pero de hoy mas con anhelo
tu ventura labraré,
y en mi amoroso desvelo
de ese tu rostro de cielo
la belleza adoraré:
y al recibir tu fe pura
ante los piés del Señor,
yo juro hacer su ventura.
LUISA. Me basta con tu ternura
porque es mi vida tu amor:
mas mi padre viene alli:
déjame sola un momento.
FER. Tienes que hablarle?

LUISA. Si, si;
que á pesar de mi contento,
Fernando, hay un sufrimiento
que quiero calmar aqui.
(Vase Fernando.)

ESCENA IX.

DON PEDRO, LUISA.

LUISA. Buscaba á usted, padre mio.
PEDRO. A mí? con qué objeto, Luisa?
LUISA. Ya sabe usted que hace tiempo
vemos triste y pensativa,
sin poder saber la causa
á mi querida Maria.
PEDRO. Es verdad, y te aseguro
que la mitad de mi vida
por adivinar la causa

- LUISA. muy contento yo daría.
Pues bien; yo le ofrezco á usted un medio.
- PEDRO. Cómo! tú, Luisa?
- LUISA. Si, yo: escúcheme usted bien: hace poco vi á Maria entrar en su habitacion y me decidí á seguirla. En silencio la observaba, vi que una carta traía, y en ella al fijar sus ojos amargo llanto vertía. Cayósele del pañuelo cuando del cuarto salía, yo... la tomé, y... aquí está: aun no me he atrevido á abrirla. Tómela usted, padre mio, tal vez con ella consiga, saber la causa y calmar los pesares de Maria.
- PEDRO. Sorprender yo sus secretos? eso es muy mal hecho, hija.
- LUISA. No lo es tal cuando se trata de labrar así su dicha: cuando aquí hablaba con ella casi estuve por decirla, mas no me atreví, pensando que usted mucho anhalaria verla feliz, y este medio era el único que había. Con que le dejo á usted solo, decidase usted á abrirla; yo nada quiero saber, porque tal vez no podría calmar su pesar, y entonces de nada á servirme iba.
- PEDRO. Y quién sabe si en mi mano tampoco está, Luisa mia!
- LUISA. Nunca á un padre faltan medios de hacer feliz á una hija: y sino... á quién sus secretos mejor confiar podía?
- PEDRO. Es verdad, tienes razon; eso me decide á abrirla.
- LUISA. Pues bien; me retiro, padre:

que nada sepa Maria.
(Vase Luisa.)

ESCENA X.

PEDRO.

Siento la frente oprimida
al tocar este papel...
ay! que puedo hallar en él
la desgracia de mi vida.
Mas no me es dado mirar
esa hija á quien amo tanto,
verter abundoso llanto
que acaso pueda enjugar.
Perdóname tú, Maria,
si tus secretos sorprendo;
mas para verte sufriendo
valor no tengo, hija mia:
y si te robo la calma
al descubrir tu dolor,
sirva de excusa el amor
que te profesa mi alma.

(Lee.)

«Un poco de valor, Maria; se acerca el momento de la última prueba. Sé cuanto sufrirás porque yo tambien padezco. Veo á mi pesar que la llama de mis primeros amores, que yo creía estinguida para siempre, existe aun en mi pecho; tu presencia me ha hecho conocerlo; pero demasiado tarde, pues para darte la felicidad de que eres tan digna, es forzoso descubrir que he deshonrado tu nombre y hacer la desgracia de Luisa. Así pues, solo nos resta tener valor para evitar nuevas desventuras.

Fernando.»

Qué es lo que miro? ay de mí!
mis ojos me han engañado?
que mi nombre ha deshonrado!
bien claro lo dice aquí!
Será verdad, Dios piadoso?

con qué es culpable Maria?
y de mi Luisa queria
ese infame ser esposo..?
Pero en quien puede caber
tanta perfidia..? no, no...
(Llamando.)
Maria! Maria..! oh!
todo lo quiero saber.

ESCENA XI.

PEDRO y MARIA.

MARIA. Me llamas, padre mio?
PEDRO. Si, Maria,
porque quiero saber mi desventura
y oír de tu boca la deshonra mia.
(Enseñándole la carta.)
Dime: das este pago á mi ternura?
de tí esperar debia
tanta infamia, mujer?
MAREA. Pero que es esto?
PEDRO. Toma, lee esta carta, tu deshonra
en ella has de encontrar.
MAREA. Dios poderoso!
quién os ha dado ese papel funesto?
PEDRO. Quién..? no sé... pero dime,
verdad que cuanto encierra es horroroso
y que en tu frente imprime
un borron de vergüenza eternamente?
MAREA. Padre! padre! perdon! soy inocente!
PEDRO. Y entonces, desgraciada,
por qué tiembla tu mano entre la mia?
por qué la siento helada
y miro en tu semblante la agonía
con indeleble sello retratada?
Ah! si no eres culpable, alza tus ojos
mirame frente á frente.
MAREA. (Arrodillándose)
Perdon, padre del alma!
PEDRO. Por qué te pones á mis piés de linojos?

MARIA. Porque este es mi lugar únicamente.
PEDRO. Con qué eres criminal?
MAREA. Si, padre mio.
Conocí en mi niñez á ese Fernando,
le amé con desvario
como él á mí; mas ay! amor impio
que condenó mi vida á eterno llanto.
Fui culpable!
PEDRO. Gran Dios!
MAREA. Le amaba tanto!
despues á mi desgracia y mi amargura
me dejó abandonada:
ay! cuanto padecí!
PEDRO. Tú, desgraciada!
MAREA. Sí, porque le adoraba con locura.
PEDRO. Calla, calla, mujer infortunada,
déjame, hija culpable.
MAREA. Piedad!
PEDRO. Vete; tus súplicas son vanas,
y aun vive el miserable
que causó la deshonra de mis canas?
MAREA. Ah! padre mio, respetad su vida;
matadme si quereis;
pero mi hermana es inocente y pura,
le adora con locura...
su existencia por Dios no emponzoñeis.
PEDRO. Aun me ruega por él... vete, Maria,
aléjate de mi... yo te...
MAREA. No, padre,
ay! no me maldigais; soy vuestra hija,
os lo pido en el nombre de mi madre:
si supieseis el llanto que á mis ojos
costó mi desvario,
cesarian tal vez vuestros enojos!
PEDRO. Vete.
MAREA. Tened piedad de mi, Dios mio!
(Vase Maria.)

ESCENA XII.

PEDRO.

Esto es un sueño tan solo;
 pero es un horrible sueño:
 Maria culpable, ay!
 apenas puedo creerlo:
 oh! del seductor infame
 verter la sangre deseo
 mañana mismo, y despues
 marchar de estos sitios debo.
 La presencia de Maria
 no podré sufrir mas tiempo:
 á ese hombre yo le diré
 que poseo su secreto,
 y que ya es indispensable
 que entre los dos haya un duelo.
 Romperé esta misma noche
 su union con cualquier pretexto,
 y de ese modo... mas antes
 velar por mis hijas quiero.
(Toca la campanilla.)

ESCENA XIII.

PEDRO, JOSE.

JOSE. Me llamaba usted, señor?
 PEDRO. Si, José, escucha: al momento
 dispon todo mi equipaje
 pues mañana mismo debo
 marchar: con que vé, es preciso
 que al instante...
 JOSE. Cómo es eso?
 llegó usted hace ocho dias
 y ya se marcha de nuevo?

LUISA. Pero en cambio una gracia
 que pidiros ahora tengo.
 PEDRO. Habla, qué podré negarte?
 MARIA. (Cielos! cuál será su intento?)
 LUISA. Bien, padre; pues, José, anda
 y á don Fernando al momento
 haz venir aqui.
(Vase José.)
 PEDRO. Hija mia!!!
 LUISA. *(Aparte á don Pedro.)*
 Silencio, padre, silencio;
 por mí se sacrificaba
 y hacer su ventura espero.
 PEDRO. *(A Luisa.)*
 Yo nunca consentiré...
 LUISA. *(A don Pedro.)*
 Oh! por mi madre os lo ruego.

ESCENA XXII.

Dichos FERNANDO.

FER. Amada Luisa, me han dicho
 que tú me habias llamado.
 LUISA. Es cierto; á José he mandado
 le hiciese á usted venir, si.
 FER. Pero por qué ese lenguaje
 cuando el altar nos espera?
 LUISA. Nunca: por la vez postrera
 nos vemos, Fernando, aqui.
 FER. Qué dices, Luisa?
 LUISA. Por siempre;
 una muralla el destino
 coloca en nuestro camino:
 Fernando, todo lo sé.
 FER. Ah!
 LUISA.
 FER. Y que hare en medio del mundo
 si asi mi esperanza pierdo,

LUISA. y guardo solo un recuerdo de tu amor y mi placer? Tiene usted una hija sin nombre desde niña abandonada, y una mujer deshonrada y pregunta qué ha de hacer?

FER. Cómo! pretendes que...?

LUISA. Basta: el honor es lo primero; cumpla usted cual caballero.

FER. Bien, cubriré mi deslíz: dispon de mi suerte.

LUISA. Hermana, Fernando será tu esposo: enjuga el llanto enojoso y sé feliz... muy feliz.

MARIA. Luisa, y creer has podido que jamás aceptaría..?

LUISA. Si... piensa en tu honor, Maria, y en tu hija nada mas.

MARIA. Es verdad: mi pobre Elena... pero tú, inocente y pura, de mi falta la amargura y el castigo sufrirás.

LUISA. No; porque al verte dichosa que yo seré feliz, piensa.

MARIA. Y do hallarás recompensa de tamaña abnegacion?

LUISA. Tengo el amor de mi padre, y mi madre desde el cielo pedirá á Dios dé un consuelo á mi pobre corazon.

ESCENA ULTIMA.

Dichos, ANA, RICARDO.

ANA. Todos espere

LUISA. (Oh! Dios c

FER. Fernando!

MARIA. Aceptas mi mano

FER.

MARIA. y el nombre de nuestra hija? Padre mio..!

LUISA. Oh! aceptad.

PEDRO. Tan solo anhelo tu dicha.

MARIA. Fernando, seré tu esposa.

LUISA. Sé muy feliz.

MARIA. (Pobre Luisa!)

FER. (A don Pedro.) Y vos lo olvidais ya todo cual Luisa, señor, lo olvida? Caballero..!

PEDRO. Yo os lo ruego

FER. Haced dichosa á mi hija, y á ese precio, á ese tan solo, os perdonaré algun dia.

FER. Oh! yo os juro consagrar á su ventura mi vida; Maria, ya nos esperan.

MARIA. Oh, gracias, hermana mia! (Vanse Maria, Fernando, y al verlos salir esclama.) Yo me ahogo, padre mio! ay! sacadme de aqui.

PEDRO. Luisa, te juro que emprenderemos mañana nuestra partida.

LUISA. Ay, padre! vos no sabeis cuanto me cuesta su dicha!

FIN.

Junta de censura de los teatros del Reino. = Madrid 18 de julio de 1849. = Aprobado y devuélvase. = Baltasar Anduaga y Espinosa.